

El pergamino oculto

Donna Grant



Traducción de María Vall Personat



PANDORA

Libros publicados de Donna Grant

**HIGHLANDER**

1. El Beso del Demonio
2. El pergamino oculto

Próximamente:  
3. *Wiked Highlander*

Título original: *Forbidden Highlander*  
Primera edición

© Donna Grant, 2010

Ilustración de portada: © Calderón Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-730-5 Depósito Legal: B-30012-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Para Lisa Renee Jones:

Tus consejos, apoyo y amistad son inestimables. Soy afortunada de poder llamarte amiga y sé que mi mundo es un lugar mejor contigo en él.

Con cariño,

D. G.

## Agradecimientos

Esta saga no habría visto la luz de no ser por mucha gente.

Gracias a mi familia por su apoyo. A mi marido por ayudarme con sus grandes ideas para las escenas de las batallas y a mis hijos por estar tan orgullosos de mis libros. A mis padres por estar siempre ahí cuando los necesité.

A mi brillante editora, Monique Patterson. Gracias por todo el apoyo, por los ánimos y por tu maravilloso punto de vista y aporte editorial. ¡Eres genial! A la mejor asistente que pueda haber, Holly, eres maravillosa. Gracias al departamento artístico por poner el torque en el cuello del modelo. Gracias también a todos los de St. Martin's que han trabajado entre bambalinas para conseguir que este libro estuviera a la venta.

A mi extraordinaria agente, Irene Goodman, gracias por tanta pasión y fe en mí.

Al resto de grandes escritores de *Dangerous Authors*, gracias por darme todo vuestro apoyo. Me considero afortunada de formar parte de este grupo de autores tan maravilloso.

# 1

## Verano de 1603 Castillo de Edimburgo



Fallon estaba de pie en el pasillo justo a la entrada del gran salón, con los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo mientras luchaba por mantener su respiración tranquila. Los sonidos que venían del interior del salón eran ensordecedores. Solo llevaba en el castillo de Edimburgo unas pocas horas, pero la necesidad de salir corriendo de inmediato para refugiarse en su castillo en la costa oeste de Escocia lo consumía.

*Tranquilo, tranquilo.*

La imagen de sus hermanos le atravesó la mente y entonces recordó por qué había dejado el seguro refugio de su hogar por aquel nido de serpientes.

*Estoy aquí por Lucan y su mujer, Cara. Estoy aquí por Quinn. Estoy aquí por nuestro futuro.*

Fallon se humedeció los labios y se obligó a abrir las puertas y entrar en el gran salón. Tan pronto como cruzó el umbral, se dirigió hacia un rincón en la sombra para observar. Su mirada recorrió todo el salón, el techo con sus trabajadas vigas y los candelabros repartidos por toda la estancia, cuya luz se sumaba a la que arrojaba el sol que entraba por las ventanas de ambos lados.

El castillo de Edimburgo era enorme y su gran salón no era diferente. Al contrario que el salón de Fallon, el del castillo de Edimburgo desprendía una opulencia que solamente podía provenir del propio rey. Todo estaba resplandeciente.

A Fallon se le encogió el pecho al ver la gran cantidad de personas que había dentro. Estaba acostumbrado a tener su propio espacio e incluso, a veces, todo el castillo para él solo. No le gustaba la multitud ni lo cerca que se movía aquella gente a su alrededor, rozándose con él como si aquello fuera lo más natural.

Le sorprendió que no tuvieran ni idea de lo que era, de lo que había en su interior ni de lo que podía dejar libre en cualquier momento y hacerlos trizas. Para ellos, él era simplemente un hombre. Pero él sabía de la muerte y la destrucción de que era capaz el dios primitivo que llevaba en su interior.

El corazón le palpitaba con violencia en el pecho. Si no se concentraba, acabaría huyendo del salón y haciendo que su estancia en el castillo se prolongara más todavía. Con ese horrible pensamiento, se obligó a respirar profundamente y se apoyó sobre la pared de piedra mientras escrutaba la habitación con la mirada.

El castillo de Edimburgo era una fortaleza, una magnífica obra de arte. Sobre su rocosa ubicación, dominaba la ciudad. Mucho tiempo atrás, una tribu celta había construido una fortaleza en lo alto de la colina sabiendo la ventaja que suponía la ubicación sobre aquella roca. Los futuros reyes de Escocia también habían sabido apreciar esa ventaja.

—Parece que no os encontráis bien, señor.

Fallon se tensó y observó al escuálido y pálido hombre que había justo a su lado. Era alto, y tenía una cara larga, una nariz aguileña y unos labios tan finos que apenas se podía decir que existieran.

Cuando Fallon respondió, el hombre cambió de pierna el apoyo del peso de su cuerpo.

—Soy el barón Iver MacNeil.

—Barón —repitió Fallon con una pequeña inclinación de cabeza. No tenía tiempo para aquellos idiotas pomposos, especialmente para aquel insignificante ser que estaba a su lado.

Fallon dibujó una sonrisa en sus labios ante la idea de poder partir al barón por la mitad con su dedo meñique. No era de extrañar que Fallon no hubiera encontrado ningún fiero guerrero de las Highlands en el castillo; ellos preferían quedarse en sus tierras y gobernar su clan. Eran los hombres zafios y toscos los que estaban más interesados en satisfacer sus propias ambiciones, los que preferían estar tan cerca del rey como fuera posible.

Aquello molestó tanto a Fallon que sintió unas enormes ganas de acabar con todos. La rabia le nubló la vista. Notó un fortísimo picor en la piel, signo de que estaba a punto de perder el control y liberar a la bestia que contenía.

—¿Habéis venido a ver al rey? —preguntó Iver, desconocedor del torbellino que había provocado en el interior de Fallon.

Fallon tragó saliva y luchó por no poner los ojos en blanco. Solamente con el simple deseo de hacerlo, consiguió calmar su furia.

—Sí. Hay algo que necesito que atienda inmediatamente.

—Ya sabéis que el rey no está en el castillo—dijo Iver con una sonrisa—. Ya casi no visita Escocia.

Aquello no era lo que Fallon quería oír.

—¿No está aquí?

—En estos momentos no, pero he oído rumores de que está de camino. Mierda.

—Gracias por la información.

Iver soltó una risita socarrona, lo suficientemente fuerte como para que llegara a los oídos de Fallon.

—Yo estoy muy cerca del rey. Si queréis, podría ayudaros. ¿Quién sois, amigo?

—Dudo que podáis ayudarme. Y me llamo Fallon MacLeod.

Justo como esperaba, Iver abrió los ojos sorprendido.

—¿MacLeod?

—Sí, habéis oído bien.

Iver se pasó la lengua por los labios nervioso.

—Las tierras de los MacLeod hace tiempo que desaparecieron. Se repartieron entre diversos clanes hace siglos.

Como si Fallon no lo supiera ya.

—Lo sé.

—¿Qué quiere vuestro jefe? ¿Acaso cree que el rey James puede devolverle las tierras?

Fallon volvió la cabeza para mirar directamente a los ojos a aquella comadreja. No confiaba en Iver y sabía que aquel insignificante hombre-cillo, en realidad, no podría ayudarlo. Sin embargo, Fallon sentía un perverso placer al ver cómo se retorció.

—Yo soy el jefe, y aunque nuestra familia haya perdido las tierras, el castillo sigue en pie. Y es mío.

—Ah, ya veo—observó Iver con una sonrisa nerviosa. Volvió a pasarse la lengua por los labios y miró a su alrededor—. Yo podría ayudaros con vuestra petición.

Fallon decidió morderse la lengua por si Iver pudiera servirle de ayuda. Cruzó los brazos sobre el pecho y pensó en sus hermanos, en su hogar, en la paz que quería más que nada en este mundo.

Había dejado a su hermano menor, Lucan, y a la nueva esposa de este, Cara, en el castillo de los MacLeod. Él estaba en Edimburgo para

asegurarse de que ese castillo les fuera devuelto. El único de la familia que no estaba en el castillo era Quinn, el más joven de los tres.

Una oleada de dolor recorrió el cuerpo de Fallon al pensar en su hermano pequeño. Aunque solo hacía algo más de un mes desde que sus vidas cambiaron tan drásticamente, parecía que hubiera pasado toda una eternidad.

Fallon todavía se acordaba de cuando encontró el fragmento de pergamino metido entre unas piedras rotas de la pared de la almena. Supo sin leerlo quién lo había escrito. Deirdre.

Se le hacía un nudo en la garganta cada vez que pensaba en aquella depravada bruja. Deirdre formaba parte de los drough, una secta de los druidas que habían hecho un ritual de sangre y se habían entregado al mal y a la magia negra. Era la magia negra lo que había liberado al dios que Fallon y sus hermanos llevaban dentro, un dios que les otorgó la inmortalidad y los poderes para masacrar a los confiados mortales.

Al menos eso era lo que Deirdre, la drough más poderosa, pretendía en su lucha por la dominación. Los primeros en los que liberó al dios fueron Fallon y sus hermanos hacía ya trescientos años. Todavía recordaba el atroz dolor que sintió cuando su piel empezó a quemar y sus huesos se salieron de sus articulaciones como si el dios de su interior estuviera estirándolo.

Él era un guerrero, descendiente de los primeros guerreros que aceptaron a los dioses primitivos en su interior para expulsar a los romanos de Bretaña. Los druidas, en aquel tiempo seres con mucho poder, se habían dividido en dos grupos: los drough, que preferían la magia negra, y los mie, druidas que utilizaban su magia solo para el bien.

Fue la amenaza de Roma y su dominación lo que había conseguido unir de nuevo las dos sectas de druidas. Habían combinado su magia para crear un conjuro que convocaría a los dioses antiguos enterrados en los infiernos, olvidados durante siglos.

Su plan funcionó. Los guerreros elegidos por los dioses eran los mejores de las tribus y, con el poder que les confirieron los dioses, los hombres se convirtieron en guerreros. Una fuerza imparable que salvó Bretaña.

Durante un tiempo.

Cuando los romanos abandonaron las tierras británicas, los druidas fueron incapaces de sacar a los dioses de los hombres como habían esperado. El único recurso que les quedó a los druidas fue dormir a los dioses. De nuevo, drough y mie combinaron su magia.

Nadie, al menos ninguno de los druidas, sospechó que los dioses pasarían de padres a hijos como herencia de sangre a lo largo de las



generaciones, poseyendo al más fuerte de cada linaje hasta que pudieran ser despertados de nuevo.

Los MacLeod habían sido una de esas familias.

Fallon había luchado contra lo que era. Fue Deirdre la que los había encontrado, Deirdre la que había destruido todo su clan, Deirdre la que había arruinado su vida.

Todavía no estaba seguro de cómo él, Lucan y Quinn habían podido escapar de Deirdre y de su montaña hacía tanto tiempo, pero una vez lo hubieron hecho, se habían mantenido escondidos. Durante más de trescientos años habían vivido como fantasmas en las ruinas de su castillo, escondiéndose del mundo, escondiéndose de ellos mismos, pero luchando contra Deirdre en su intento de conseguir la supremacía.

Entonces Cara apareció en sus vidas. Ninguno de ellos hubiera podido imaginarse lo que les sucedería a los hermanos MacLeod el día que Lucan entró en el castillo con el cuerpo inconsciente de Cara entre sus brazos.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Fallon al pensar en lo protector que era Lucan con su esposa. Lucan, que había sido su sostén y el de Quinn durante aquellos horribles años, se merecía el amor y la felicidad que había encontrado.

Habían descubierto demasiado tarde que Deirdre perseguía a Cara por su sangre de druida. Se había producido una gran batalla, pero ni una sola vez pensó ninguno de los hermanos en abandonar a Cara para salvarse. Y de todos modos, Lucan nunca lo habría permitido.

Aquella noche y aquella batalla cambiaron a Fallon casi tanto como cuando su dios fue liberado. Ya no era el hombre que siempre tenía una botella de vino en la mano para aplacar la voz del dios que había en su interior.

Él había intentado ignorar al dios, negar lo que era, así que cuando llegó el momento de salvar a Cara, no estuvo seguro de poder hacerlo. Sin embargo, el dios escuchó su llamada y lo convirtió en el guerrero, en el monstruo, al que había temido durante tanto tiempo.

Al hacerlo había sido capaz de ayudar a salvar a Cara. Los MacLeod habían conseguido frustrar las intenciones de Deirdre de nuevo. O al menos eso era lo que creían.

Hasta que Fallon encontró el fragmento de pergamino.

Había memorizado las palabras. Aquellas palabras lo perseguían en sus sueños y durante sus horas de vigilia, al igual que el rostro de Quinn.

Algo le dio un pinchazo en las palmas de las manos. Bajó la vista y se dio cuenta de que sus manos se habían convertido en garras y que se estaba clavando las uñas en su propia carne. Miró a Iver, pero aquel

estúpido estaba demasiado ocupado observando los turgentes pechos de una sirvienta y hablando sin parar sobre su fortuna y su título como para darse cuenta. Fallon cogió aire profundamente para calmar su temperamento y no lo dejó salir hasta haber conseguido hacer desaparecer al dios.

Siempre pasaba lo mismo cuando pensaba en cómo Deirdre había capturado a Quinn. Ella lo tenía preso en su fortaleza, la montaña Cairn Toul, esperando a Fallon y a Lucan. Aquella bruja sabía que ellos no permitirían que mantuviera preso a su hermano. Ella quería que fueran a buscarlo.

Y así sería.

Fallon estaba ansioso por retorcerle aquel delgado cuello con sus propias manos. Apretaría fuerte hasta oír como cedían los huesos de su cuello, hasta que se le saltaran los ojos, hasta que la vida abandonara su cuerpo. Solo entonces estaría satisfecho. Viviría el resto de su vida en paz como el monstruo que era. Todo lo que necesitaba era saber que aquel mal que intentaba dominar el mundo había desaparecido.

—Parece como si quisierais arrancarle la cabeza a alguien —dijo Iver con una risita intranquila.

—Tranquilo, no sois vos. Todavía.

Iver suspiró y se acercó más a Fallon.

—Según lo que estéis dispuesto a darme a cambio, puedo conseguir que se os devuelva parte de vuestras tierras. Si, evidentemente, podéis probar que sois un MacLeod. Si queréis que os sea sincero, tenía entendido que no quedaba ninguno con vida.

—Supongo que habéis oído la leyenda sobre mi clan.

Aunque Fallon odiaba tener que hablar de ello, de lo que le había sucedido a su clan, el miedo y la curiosidad podían jugar a su favor en este caso.

Los malvados ojos negros de Iver se abrieron llenos de interés.

—Oh, sí, MacLeod, todo el mundo conoce la historia. ¿Es cierta? ¿Fue todo vuestro clan masacrado?

—Sí, todo hombre, mujer y niño fue asesinado.

Al ver el rostro de satisfacción de Iver, Fallon tuvo que contenerse para no partirle la boca.

—¿Qué sucedió? —preguntó Iver—. La leyenda dice que no sobrevivió nadie.

—Sobrevivieron tres. Tres hermanos para ser exactos. Fallon, Lucan y Quinn.

—Fallon —susurró Iver—, lleváis el nombre de vuestro antepasado.

Fallon no lo corrigió. Dejaría que aquella comadreja pensara que era un descendiente. De todos modos, Iver no iba a creer la verdad.

—Soy el legítimo jefe del clan MacLeod.

—Sí, lo sois. Y os merecéis vuestras tierras. —Iver se frotó las manos, la expectación hacía que le brillaran los ojos—. Le enviaré una misiva al rey de inmediato.

Pero Fallon no era estúpido.

—Gracias, pero prefiero ver al rey yo mismo. ¿Estáis seguro de haber oído que estaba de camino hacia Edimburgo?

—Sí —confirmó Iver—. Por eso ha venido tanta gente al castillo de Edimburgo. Hace años que el rey no viene a Escocia.

Fallon arqueó una ceja. Le gustaría decir muchas cosas al respecto, pero pensó que sería mejor no hablar mal de un rey cuando estaba a punto de pedirle a ese mismo rey que le fuera devuelto su castillo.

—Muchas gracias por la información —dijo Fallon, y se retiró antes de que Iver pudiera decir nada.

Mientras se dirigía hacia otra esquina y se posicionaba para ver si podía escuchar alguna cosa más sobre la llegada del rey, la multitud a su alrededor se disipó y pudo ver un destello de color. Volvió la cabeza y se descubrió mirando al otro lado del salón hacia un rostro de incomparable gracia y belleza. Un rostro que estaba seguro de no poder olvidar nunca, incluso aunque viviera toda la eternidad.

Era tan impresionante que se había apartado de la pared y se dirigía hacia ella sin darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer. La necesidad de estar cerca, de poseer aquella belleza, se apoderó de él como lo hacía el dios con su ira.

Fallon mantuvo los pies bien clavados al suelo haciendo acopio de toda su voluntad, pero no podía apartar la mirada de aquel cautivador rostro ovalado. Ella se movía con elegancia y dignidad, una noble de nacimiento.

Alguien tropezó con ella por detrás, y de pronto pudo ver un sutil destello de alerta en su rostro, que solo un guerrero comprendería, que solo un guerrero podría notar.

Cada vez estaba más intrigado. Pese a que las mujeres de las Highlands eran famosas por su fuerza y su coraje, no eran guerreros.

Tan pronto como la dama se repuso del pequeño incidente, la perfección volvió a instalarse en ella.

Fallon dejó que su mirada recorriera aquella visión. Había pasado tanto tiempo desde que posara sus ojos en algo tan... impresionante. Sus labios eran carnosos; tenía una sonrisa fácil y contagiosa cuando hablaba con los que la rodeaban.

Tenía unas mejillas marcadas y una nariz pequeña que se elevaba casi imperceptiblemente en la punta.

Su oído extremadamente desarrollado captó una conversación que lo hizo detenerse.

—Es increíble, ¿verdad? —susurró un hombre—. Es lady Larena Monroe. No hay hombre en el castillo que no la quiera en su cama y que no matara por ella si ella se lo pidiera.

Fallon comprendió que debían de estar hablando de la mujer a la que no podía dejar de mirar. Quería oír más, pero también quería estar más cerca de ella.

Incapaz de contenerse, empezó a caminar entre la multitud por el perímetro del gran salón. Se situó más cerca de Larena Monroe, admirando la elegancia de su vestido color burdeos y el modo en que se adaptaba a las curvas de sus senos antes de ceñirse en su cintura. Tenía las manos juntas posadas en su regazo con los largos y delgados dedos entrelazados mientras escuchaba a una anciana con una nariz protuberante.

A través del espacio que había entre dos hombres, Fallon observó a lady Larena. Su piel era color crema y llevaba su reluciente cabello rubio artificiosamente recogido. Tenía unos ojos grandes y expresivos que capturaban la atención de cualquiera que los mirara y una boca que no podía evitarse desear besar.

Estaba fascinado e intrigado por aquella mujer.

La sangre de Fallon subió de temperatura, su corazón se aceleró y, que los dioses lo ayudaran, sus testículos se tensaron. El deseo se agitaba en su interior, pidiendo que probara aquella inmaculada piel que se le antojaba tan dulce.

Entonces Larena se giró y lo miró directamente con unos ojos de un azul tan oscuro y turbio que parecía que estaban viendo lo que él era en realidad. Fallon inspiró profundamente para tranquilizarse. Ella hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza, su cabello dorado era un faro en aquel salón.

Tan pronto como apartó la mirada, él se perdió de nuevo en la multitud y se refugió en las sombras de una esquina. Reconoció el anhelo que brotó en su interior. Lo reconoció... y lo temió.

Él estaba allí para asegurarse de que su castillo siguiera siendo suyo, no para satisfacer sus deseos debajo de las faldas de una mujer. A pesar de lo hermosa que fuera esa mujer.

Los MacLeod habían perdido sus tierras después de la masacre y luego Quinn había desaparecido, pero Fallon estaba dispuesto a luchar contra todo lo que fuera necesario para asegurarse de que el castillo fuera suyo

eternamente. Ni él ni sus hermanos volverían a esconderse ni a vivir como fantasmas. Era el momento de dar un paso adelante, y si los demás descubrían lo que eran e intentaban hacerles algún daño, se encontrarían con que se estaban jugando la vida.

Fallon se pasó una mano por la barbilla ante la repentina sed de vino, cualquier cosa que le ayudara a calmar el dolor del deseo en sus entrañas. Si James VI tuviera su residencia aquí en lugar de en Inglaterra, Fallon podría regresar pronto a su castillo. Pero la verdad era que el rey de Escocia prefería vivir en Inglaterra y gobernar ambos reinos desde allí.

El rumor de que James estaba de camino a Escocia era simplemente eso, un rumor, pero Fallon tenía que descubrir si era cierto o no.

No había tiempo para viajar hasta Londres y pedir audiencia, a pesar de su poder para viajar cientos de kilómetros en un abrir y cerrar de ojos. Fallon solo podía utilizar su poder para saltar a lugares en los que ya había estado. Como nunca había estado en Londres, corría el riesgo de acabar apareciendo en un campo y con la mitad de su cuerpo incrustado en una pared.

Fallon dedicaría el resto del día a recoger más información sobre si era cierto que el rey estaba camino de Edimburgo. Si era así, se quedaría. Si no, Fallon regresaría al castillo de los MacLeod y hablaría con Lucan sobre si tenían tiempo para que él viajara hasta Londres o no.

A pesar de la ausencia del rey, el castillo de Edimburgo estaba lleno de nobles y gente que buscaba intercambiar favores con señores poderosos. Puede que Iver tuviera razón y la gente estuviera acudiendo al castillo porque el rey estaba de camino.

Fallon recordaba claramente el día en que su padre, justo antes de la masacre, lo llevó a Edimburgo para presentarle ante el rey y la nobleza como futuro jefe del clan que sería.

Su padre le había dicho con frecuencia que era importante para él conocer a todo el mundo, en especial a aquellos que tenían alguna influencia, fuera del tipo que fuera, sobre el rey. Eso no quería decir que Fallon les diera su apoyo, pero un jefe tenía que conocer los entresijos de la nobleza y la realza para mantener su clan a salvo.

Su padre tenía razón. Fue una pena no haber sabido nada de la bella y malvada drough que lo destruiría todo justo un año después.

Furioso consigo mismo, con su deseo y con aquel destino que tan vilmente se la había jugado, Fallon se dio la vuelta y salió del salón. No podía soportar el movimiento de la gente ni el olor a sudor que se respiraba en el aire. Echaba de menos las vistas desde las torres de su castillo: las olas

rompiendo contra los acantilados mientras escuchaba a los pájaros gorjear y los veía dejarse llevar con las corrientes de aire.

Volvió a sus aposentos, un sudor frío le empapaba el rostro y se reclinó contra la puerta cerrada. Le temblaban las manos, pero en la soledad de su habitación no tenía que esconderlas.

Su mirada se posó en la botella de vino que siempre llevaba consigo para recordarle lo que había estado ignorando, lo que casi había perdido y la guerra que tenía ante sí.

Lucan había asumido todo el peso de la responsabilidad mientras Fallon se había perdido en el olvido que le proporcionaba el vino día tras día. Fue Lucan el que se había enfrentado a los ataques de ira de Quinn, fue Lucan el que había arreglado y acondicionado el castillo para hacerlo habitable. Como el hermano mayor que era, Fallon debería haber sido el que se encargara de todas aquellas cosas.

Fallon había abandonado a sus hermanos. Quinn, que había perdido a su mujer y a su hijo en la matanza de su clan, no había sido capaz de controlar su ira, lo que alimentaba al dios que llevaba dentro. Era extraño que alguna parte del guerrero que era no asomara en Quinn. No podía controlar su cólera y por lo tanto no podía controlar al dios que habitaba su interior.

En lugar de ayudar a sus hermanos, los había abandonado, concentrado en su propio dolor, en su propia rabia.

Fallon tropezó con la mesa y cogió la botella de vino con una mano aún temblorosa. Su padre estaría avergonzado de él. No había sido el líder que su padre le había dicho que era y para lo que había sido educado. Había sido un cobarde, temeroso de afrontar la verdad de su futuro y de aprender a controlar al dios como había hecho Lucan.

Pero ahora tenía la oportunidad de reparar su error.

Después de luchar contra su voluntad, Fallon dejó el vino sobre la mesa y se apartó. Su castillo estaba siendo reconstruido poco a poco. Puede que no volviera a brillar con la gloria de antaño, pero volvería a ser un hogar. Allí tenía un futuro que lo esperaba.

Ya no estaban solo los hermanos. Estaban Cara y los otros cuatro guerreros que habían aparecido para prestarles su apoyo cuando Deirdre los atacó. Y también estaba otra druida, Sonya, a la que los árboles le habían dicho que tenía que ayudar a Cara a descubrir sus poderes.

El castillo MacLeod estaría abierto a cualquier druida o guerrero que quisiera enfrentarse a Deirdre y al mal que ella representaba. Aunque fuera lo último que hiciera, Fallon estaba dispuesto a conseguirlo.



El corazón le dio un brinco en el pecho a Larena Monroe cuando oyó el nombre MacLeod susurrado en el gran salón. Tan pronto como se pronunció, el nombre corrió por todo el salón como la pólvora. Todos querían saber qué MacLeod estaba presente, especialmente ella.

—Disculpadme, lady Drummond —comenzó a decir mientras se volvía hacia la mujer que había detrás de ella—. Me ha parecido oír que decíais MacLeod. Seguro que ha sido un error.

El nombre MacLeod era sinónimo de muerte, de dolor y de sucesos inexplicables. Los mitos sobre los hermanos MacLeod no habían muerto en los trescientos años que habían pasado desde que el clan fuera destruido. Era una historia que se repetía una y otra vez, pero que no solía oírse en pleno día en el castillo de Edimburgo. Normalmente se reservaba para las noches de tormenta.

—Ah, querida Larena —dijo lady Drummond. Sus ojos de color avellana rodeados de arrugas tenían un punto de malicia—. Habéis oído bien. Hay un hombre en el castillo, un hombre que dice ser un MacLeod.

Larena cerró la mano en un puño apresando el tejido de su vestido mientras la agitación recorría su cuerpo. Llevaba tanto tiempo buscando a los MacLeod... ¿Acaso la fortuna le sonreía y le había puesto a uno a su alcance después de tantos años? Tenía que encontrarlo, tenía que hablar con él.

Sacudió la cabeza mentalmente. Seguro que había habido alguna confusión con el nombre. Los MacLeod eran perseguidos, no por otros hombres de las Highlands ni por la corona, sino por algo mucho, mucho peor. Eran perseguidos por la personificación del mal, Deirdre.

Larena dio un respingo al darse cuenta de que lady Drummond le seguía hablando.

—Lo siento. Tenía la cabeza en otra parte.

Lady Drummond se inclinó hacia ella, con la papada colgando.

—Os he preguntado si lo habéis visto, al MacLeod. Yo he podido verlo un momento, querida. —Se abanicó con la mano arrugada—. Si fuera más joven... Es endemoniadamente guapo.

—¿Lo es? —Larena deseaba haberlo visto.

Lady Drummond se rió y se acercó más a Larena.

—Lleva un torques como los celtas de la antigüedad. Un auténtico hombre de las Highlands —le susurró, su voz era aguda con un toque de asombro.

A Larena le dio un salto el corazón cuando se dio cuenta de que el hombre del que hablaba lady Drummond y el que había hecho que se le encendiera el cuerpo eran el mismo. Había visto al MacLeod. Había sido solo un instante, pero se había quedado prendada de los ojos verde oscuro más fascinantes y más atípicos que había visto nunca. Eran unos ojos turbulentos, como un mar en medio de una tempestad, y también intensos.

Había tenido que apartar la mirada para no volverse loca. Cuando había vuelto a mirar, él había desaparecido. En todos aquellos años, no había habido ningún hombre que ejerciera tal efecto sobre ella. Aquello la asustó a la vez que la cautivó.

Después de darle las gracias a lady Drummond, Larena se disculpó y recorrió el salón con la intención de encontrar a aquel curioso hombre de las Highlands con hermosos ojos y un torques de oro.

Llevaba una falda escocesa con un estampado que no había sabido reconocer, pero no la llevaba con la soltura del que ha nacido para ello. Y sin embargo era un hombre de las Highlands. Con una simple mirada a sus ojos, había visto el espíritu salvaje e indómito de aquellas tierras.

Al ver que no encontraba al hombre que decía ser el MacLeod, Larena se dirigió al jardín para respirar un poco de aire fresco. Había estado viviendo en el castillo demasiados meses en su intento por descubrir hasta dónde llegaba la magia de Deirdre.

Larena estaba arriesgando su vida permaneciendo en el castillo, pero lo que ella escondía merecía el riesgo.

No estaba en el castillo solo por Deirdre. Sabía lo suficiente de los tristemente célebres MacLeod para ser consciente de que tenía que descubrir todo lo que pudiera sobre ellos.

Echaba muchísimo de menos las montañas de las Highlands y sentir la nieve en su rostro, pero no podía marcharse. Todavía no. Todavía tenía que conseguir más información.

Larena pasó por delante de un rosal con brillantes rosas amarillas y se sentó en un banco de piedra que ofrecía algo de privacidad. La fragancia de



las flores la envolvía, alejando de ella el hedor de los rancios alientos y de los sudorosos cuerpos de la corte.

Con las manos apoyadas en el banco a sus espaldas, Larena se inclinó hacia atrás y levantó el rostro hacia el cielo donde los rayos del sol se filtraban entre las pesadas nubes. No tardaría en empezar a llover y tendría que volver a entrar en el castillo.

Dejó su mente vagar hasta que se acordó de las noticias que le habían llegado hacía un par de semanas sobre los hermanos MacLeod. Ella confiaba en Camdyn MacKenna porque era un guerrero y no tenía ningún motivo para mentir.

Había muy poca gente en la que ella confiara. Había aprendido con su propio dolor que la confianza era algo que uno tenía que ganarse. Camdyn se la había ganado, o al menos en parte. Había cosas que nadie podía saber sobre ella. Las consecuencias serían demasiado peligrosas para involucrar a alguien.

De entre toda la gente que conocía solo había una persona en la que realmente confiaba, su primo Malcolm. Malcolm tampoco debería conocer sus secretos, pero había descubierto uno de ellos cuando solo era un niño de siete primaveras.

Sabía que tenía que intentar convencer a Malcolm para que volviera con el clan que la había desterrado. Cada vez que hablaba de ello, él respondía que a pesar de lo poderosa que era, ella necesitaba a alguien a su lado que la ayudara.

Y como era una mujer, aparentemente aquello era cierto.

El crujido de un zapato sobre la hierba hizo que Larena volviera a la realidad. Sonrió al ver los tranquilos ojos azules de Malcolm posarse sobre ella. Era alto y se movía con la elegancia del señor que era. Como primer hijo de los Monroe, había recibido la educación que correspondía a su estatus y llevaba sangre de noble.

Pero era su rostro lo que hacía suspirar a las mujeres. Sus rasgos estaban perfectamente proporcionados. Tenía la mandíbula cuadrada y una nariz larga y regia. Su boca era grande y sus labios carnosos. Era capaz de hacer que una monja colgara los hábitos por sus encantos.

—Estaba seguro de que te encontraría aquí. —Su voz era profunda, suave. Se sentó a su lado—. Supongo que habrás oído lo que se dice.

—¿Sobre el hombre que dice ser un MacLeod?

Él asintió y se pasó los dedos por entre los dorados rizos que le caían constantemente a los ojos.

—He intentado verlo, pero no he podido encontrarlo. Lo vi hablar con Iver MacNeil.

Malcolm soltó un gruñido y apretó los labios.

—¿Ese imbécil? Intento evitar a Iver a toda costa, pero por ti, querida, veré qué puedo averiguar.

Ella sonrió cuando le cogió la mano, la subió hasta sus labios y la besó. El cariño de sus ojos no era el de un amante, sino el de un hombre que era más que un hermano.

—Eres demasiado bueno conmigo.

—No, si lo fuera, ya haría tiempo que hubiéramos salido de este inmundo agujero. Sé que deseas marcharte.

Ella posó su otra mano sobre la que todavía mantenía Malcolm prendida.

—Tengo una misión que cumplir, Malcolm. Y la llevaré a cabo.

—Si es uno de los MacLeod, ¿qué harás?

—Hablaré con él.

—¿Y si no te cree?

Ella apartó la mirada, odiando el miedo que se había posado sobre su estómago.

—Entonces se lo mostraré.

—Te estás arriesgando mucho, Larena. Esto podría ser una treta de Deirdre.

—Ella no sabe nada de mí. Hasta ahora he conseguido evitarla. Seguiré siendo así hasta que llegue el momento en que tenga que acabar con ella.

Malcolm bajó sus manos y las posó sobre el banco.

—Me gustaría estar contigo cuando hables con el MacLeod.

—No. Tengo que hacerlo sola. Hay ciertas cosas que se deben decir. Si él es un guerrero, no confiará en nadie para hablar con la libertad con la que necesito que hable.

Malcolm se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

—Ve con cuidado.

—No te preocupes. Pronto me habré ido y tú serás libre para casarte con esa preciosa muchacha del pelo color caoba a la que he visto que sonríes.

Malcolm echó atrás la cabeza y se rió, sus ojos azules se arrugaron en las esquinas.

—Has estado tan ocupada en otras cosas que ni siquiera se me había ocurrido que te hubieras dado cuenta.

—Me he dado cuenta. Y también he visto cómo te mira cuando tú no la miras. Se ha fijado mucho en ti. —Larena escondió su sonrisa—. Quiero que te cases, pero que te cases con una mujer que te haga feliz. Al menos te mereces eso, Malcolm. Encuentra a una buena mujer que te dé muchos hijos.

Su sonrisa también se había esfumado. Se levantó con un suspiro y se puso delante de ella. Larena observó la falda escocesa de los Monroe con

sus cuadros rojos y verdes. Siempre le había gustado aquel tartán, aunque habían pasado muchos, muchos años desde que se lo habían arrancado de su cuerpo.

—Haré lo que me dices —accedió Malcolm mientras se arrodillaba delante de ella. Le cogió las manos y se giró para mirarla—, pero solo si me haces una promesa tú a mí.

Larena tenía miedo de pensar qué tipo de promesa sería, pero hacía demasiado tiempo que eran amigos como para negársela.

—¿Qué quieres de mí?

—No te marches sin decirme adiós.

Ella parpadeó rápido para alejar las lágrimas que de pronto le habían inundado los ojos y le aferró el rostro con la mano.

—Te llevaría conmigo si pudiera. Eres el hombre más bueno que he conocido. Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mí.

Él restó importancia a sus palabras haciendo un gesto con la mano y se puso en pie. Tenía los ojos tristes.

—Ya basta. Acabarás llorando y ya sabes lo mucho que odio las lágrimas.

—No estoy llorando.

Pero se dio cuenta de que los ojos le quemaban al pensar en dejar a Malcolm. Él era la única familia, el único amigo que tenía en el mundo. Quería salir de Edimburgo, alejarse de la multitud y volver a la tranquilidad de las Highlands, pero no deseaba estar sola. No de nuevo.

—Vamos —dijo Malcolm y le ofreció su brazo. Su sonrisa era un poco forzada, pero aun así, auténtica—. Demos un paseo por estos maravillosos jardines.

Larena cogió su brazo, agradecida por el cambio de conversación. No le gustaba pensar en lo que le deparaba el futuro. Había demasiada incertidumbre, demasiada muerte en el destino que tenía escrito. Y ella odiaba verlo preocupado, pues no había nada que él pudiera hacer.

—¿Te acuerdas cuando hablé con Camdyn hace unos días?

—Sí —dijo Malcolm asintiendo—. ¿Qué pasa?

—Él habló de los hermanos MacLeod, que habían sido encontrados. Después de tanto tiempo. Y ahora parece ser que uno está aquí. ¿Cuál de ellos crees que puede ser? ¿Fallon? ¿Lucan? ¿Quinn?

Malcolm sonrió.

—No me atrevería a decidirme por uno.

—Rezo por que lo que me dijo Camdyn fuera cierto. Los que somos como yo tenemos mucho que perder como para depositar toda nuestra confianza en alguien que no sea un auténtico MacLeod.

—Estoy de acuerdo. De todos modos, ¿no me dijiste que Camdyn te comentó que Deirdre había montado en cólera hace cosa de un mes?

—Sí. ¿Crees que tiene alguna relación con que el MacLeod esté aquí?

Malcolm se encogió de hombros y la apartó a un lado para dejar que pasara una pareja.

—Podría ser, Larena. Tú misma dijiste que Camdyn estaba sorprendido de que tantos guerreros estuvieran abandonando sus escondites. ¿Hacia dónde se dirigen?

—Camdyn no lo sabía. Los MacLeod son los guerreros más antiguos y serían nuestra mejor baza para vencer a Deirdre de una vez por todas. Escaparon de sus garras y han conseguido evitarla durante trescientos años. Nadie ha podido conseguir lo que han conseguido ellos.

—Me dijiste que Camdyn raramente sale de su escondite por nada. El hecho de que saliera y viniera a buscarte para decirte lo de los MacLeod es muy significativo.

Ella asintió con la cabeza recordando al guerrero. Camdyn MacKenna evitaba los lugares públicos tanto como odiaba a Deirdre.

—Cualquier cosa que lo llevara a salir de su escondite sería importante. Al parecer, las marcas que encontró eran lo suficientemente importantes como para que estuviera esperando en los alrededores del castillo hasta que me encontró.

—¿Qué decían esas marcas?

—Que un guerrero al que Camdyn llamó amigo había abandonado el bosque.

Larena, como todos los guerreros, podía leer el antiguo lenguaje celta que utilizaban los guerreros para comunicarse entre ellos mediante marcas en los árboles. Deseaba haber podido ver aquellas marcas por sí misma.

—¿Recuerdas el nombre de ese guerrero?

Frunció el ceño mientras se detenía para pensar un momento.

—¿Shaw? Sí, ese era el nombre. Galen Shaw. Ya había oído a Camdyn hablar de Galen antes. Es un guerrero muy respetado.

—Pero ¿adónde van? ¿Dijo Camdyn alguna cosa al respecto?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Solo que se dirigían al norte. Estoy convencida de que hay otras marcas para ayudar a encontrar el camino, pero aquellas eran las únicas que había visto Camdyn.

—¿Se fue a buscar a Galen?

—Sí.

Malcolm la detuvo junto a un alto seto.

—¿Reconocerías esas marcas si las vieras?

—Ya ha pasado cierto tiempo desde que no leo ninguna, pero podría descifrarlas.

—Entonces deberíamos salir a buscarlas.

Ella sonrió ante su ímpetu. Siempre estaba ansioso por ayudar, por poner su vida en peligro si aquello aceleraba la destrucción de Deirdre. Pero Larena no iba a permitir que arriesgara así su existencia. Malcolm ya había desafiado los deseos de su padre no permaneciendo con su clan en el noreste de Escocia para estar con ella.

—No sabría dónde ir a buscar —dijo—. Camdyn no me dijo en qué bosque las vio, así que sería bastante complicado.

—Y de todos modos tú no me dejarías ir contigo.

—No, tú eres muy importante para la familia.

—Al infierno con la familia —dijo entre dientes, con la mandíbula tensa.

Larena le cogió suavemente el brazo.

—Primo...

—No —le advirtió—. No, Larena.

Pero ella tenía que recordárselo. Su primo estaba poniendo en peligro su futuro para reparar lo que su abuelo y su bisabuelo le habían hecho a ella. Tan pronto como supo que ella pretendía ir al castillo de Edimburgo, Malcolm había decidido ir con ella. Para protegerla, dijo. Ella sonreía cada vez que lo escuchaba decir aquello. Llegado el caso, sería la que tendría que protegerlo a él.

Larena miró al suelo.

—Por la razón que sea, yo soy lo que soy. Tu abuelo y tu bisabuelo tomaron la decisión de desterrarme del clan de los Monroe. No quiero que te pase lo mismo a ti. El clan ya se está distanciando de ti por la relación que mantienes conmigo.

—Mi padre no se atrevería a desterrarme y no me importa lo que haga el resto del clan. Respecto a mi abuelo y mi bisabuelo, simplemente se encuentran resentidos porque el dios te eligiera a ti y en lugar de a mi abuelo.

Ella se estremeció al recordar el día en que el dios la había elegido en lugar de a Naill. Todo lo que había conocido y amado hasta aquel momento cambió en un abrir y cerrar de ojos y nunca volvería a ser lo mismo.

—Puede. Por lo que yo sé, no existen las mujeres guerreras.

—Aparte de ti —susurró Malcolm.

Ella se humedeció los labios e intentó encontrar las palabras que le ayudaran a entenderlo.

—Eso me ha costado perder a mi familia y a mi clan, Malcolm. No sé cómo me tratarán los otros guerreros cuando descubran que yo soy una de ellos.

—No lo perdiste todo. Tenías a Robena.

Larena sonrió cuando Malcolm mencionó a la vieja druida que había liberado a su dios.

—Robena fue la única que no se sorprendió al descubrir que yo era la guerrera en lugar de tu abuelo. Ella me recogió cuando el clan me desterró y empezó mi formación de inmediato.

—Yo solía observaros cuando entrenabais.

—Lo recuerdo. —Larena sonrió al recordar los tiempos en que ella hacía como que no sabía que él la estaba mirando—. Tendrías solo seis o siete años la primera vez que te vi.

Malcolm se encogió de hombros.

—Me fascinaba ver cómo te transformabas. Te envidio por eso. Y por tu inmortalidad.

—No —lo alertó ella. Ella era ochenta años mayor que él, pero ante los ojos de los mortales, era Malcolm el que podía decirle qué hacer—. Puede parecer emocionante, pero toda mi vida está en el aire.

—Tus secretos están a salvo conmigo. Deberías saberlo.

Y lo sabía. Malcolm había sido su única conexión con su clan después de tener que huir y de que muriera Robena. Aunque había sido desterrada del clan de los Monroe, Larena siempre había vivido lo suficientemente cerca como para poder visitar a su padre de vez en cuando.

A lo largo de los años, Malcolm siempre había sido su amigo, le había informado de las novedades del clan y le había proporcionado todo lo que había necesitado. Había sido idea de él venir a Edimburgo y hacerse pasar por su hermano. Malcolm había sacrificado mucho para ayudarla y ella tenía miedo de no poder devolvérselo nunca.

—¿Sabe Camdyn lo que guardas? —preguntó Malcolm.

Larena sacudió la cabeza.

—No. Ya es suficiente con que sepa que soy una guerrera.

—Ve con cuidado, Larena. Puede que seas una guerrera, pero Deirdre acabará descubriéndote tarde o temprano.

—Lo sé. —Ella apartó la mirada mientras sentía que un gélido escalofrío le recorría la espalda.

Malcolm le cogió la mano para recuperar su atención.

—¿Qué harás cuándo ella venga a por ti? Por lo que sabes, no se detendrá ante nada por conseguir lo que tú proteges.

—Eso ya lo sé. Estaré preparada cuando llegue el momento.

—Ella domina la magia negra. No hay nada que pueda prepararte para eso.

Era cierto, pero no iba a permitir que él supiera lo mucho que temía el momento en que Deirdre la descubriera. Durante cien años había vivido la vida a su manera. En el momento en que Deirdre empezara a perseguirla, todo cambiaría. Y no para mejor.

Si Deirdre descubría lo que era, Larena tendría que estar siempre huyendo. No temía que la capturara, tenía miedo de lo que podría suceder cuando Deirdre descubriera que era la guardiana del Pergamino.

El Pergamino era una lista con todos los apellidos de cada hombre celta que había sido habitado por un dios para expulsar a los romanos. Era una lista que Deirdre quería a toda costa, pues le ayudaría a encontrar fácilmente a los hombres cuya línea de sangre albergaba un dios.

Larena nunca se perdonaría a sí misma si el Pergamino caía en manos de Deirdre. Esa era una de las razones por las que se guardaba el secreto para sí misma. Y si Malcolm lo sabía era porque él era de la familia y se lo había dicho su padre.

—Por eso es por lo que quieres hablar con el MacLeod, ¿verdad? —dejó caer Malcolm interrumpiendo sus pensamientos—. Crees que él y sus hermanos pueden protegerte.

—Si alguien puede ayudarme a mantenerme a salvo de Deirdre ese es el MacLeod y sus hermanos.

—¿Y si dice que no?

Ella suspiró profundamente sin ni siquiera querer pensar en esa posibilidad.

—Entonces me enfrentaré a Deirdre yo sola.

Los músculos de los brazos de Malcolm se tensaron mientras mantenía fuertemente cogida su mano. Luego se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección al castillo.

—Rezo por que no te equivoques con los MacLeod.

—Yo también —murmuró ella.

Su vida no significaba nada, pero el Pergamino que protegía era demasiado valioso para caer en manos malvadas.